5.

ORACION

DE LA REAL

SOCIEDAD ECONÓMICA

DE MADRID

AL REY NUESTRO SEÑOR

DON CÁRLOS IIII.

CON MOTIVO DE SU EXÂLTACION

AL TRONO.

EN MADRID

POR DON ANTONIO DE SANCHA.

MDCCLXXXVIIII.

SEÑOR.

En medio del aplauso que toda España rinde á V. M. por su gloriosa exâltacion, tiene la honra de llegar á sus Reales pies la Sociedad económica de Madrid, traida

no solo de la obligacion general á todos los vasallos, sino tambien de otra particular y propia suya. Porque si del buen Rey se ha de esperar que haga rico y floreciente su reyno, ¿que comunidad habrá en él tan obligada á celebrarlo como la que se ocupa solamente en promover y difundir por todas partes esta comun felicidad? La beneficencia del Soberano es como un rio caudaloso, que extendiendose por varias regiones lo baña y fertiliza todo: sin cuyo saludable riego fructificaria muy poco su contínuo afan al labrador, al artesano sus tareas, y al mercader su contratacion y comercio, por mas estudio que se pusiese en alentarlos. Esta consideracion, inseparable del instituto de la Sociedad, hubiera bastado á sumergirla en perpétuo llanto y amargura por la pérdida de su augusto fundador. Pero la adorable Providencia, que quando dispone del Padre, nunca olvida la horfandad de los hijos, le inspiró desde

luego para su consuelo la mas segura confianza en el amparo de V. M. Por donde renovándose todo el bien que perdia, se renováron y creciéron tambien las esperanzas de alcanzar y ver cumplido algun dia el fin de sus deseos; especialmente habiendo venido el cetro á manos de tan piadoso succesor, que antes que Rey ni Señor, parece haber querido llamarse, y verdaderamente ha sido por sus obras Padre de la patria.

No bien habia V. M. cerrado con piadosa y reverente mano los ojos de su augusto Padre, quando arrasados todavia los suyos de las primeras lágrimas que no podia reprimir tan justo dolor, se acordó de su pueblo para empezar á derramar sobre él gracias y liberalidades. ¡Que nuevo y agradable espectáculo es ver á un Príncipe buscar su consuelo en el exercicio de estas nobles virtudes, y á unos tan felices vasallos, que para no desmentir el senti-

miento de la pérdida de su Rey, han de contener y sujetar por algun tiempo los afectos del gozo y reconocimiento á que les obliga su digno succesor! ¡Que honrada y generosa codicia es la del heredero, que viendose dueño de un opulento patrimonio, se aprovecha al instante de sus riquezas, solo para distribuirlas con discretísima piedad entre los mas necesitados!

¿Y que lengua podrá decir ahora, ni que entendimiento ponderar dignamente la oportunidad, presteza y gallardía, con que dispensó V. M. estas primeras gracias? Gemian en una provincia los vasallos que por la esterilidad y epidémias no habian podido pagar las debidas contribuciones: clamaban en otra viudas y pupilos por el justo estipendio que sus padres ó esposos habian devengado en la guerra: atreviase ya la miseria á saltear los muros de vuestra misma Corte, y entrábase por las puertas de aquellos infelices que casi tienen por

único sustento el pan: allegábase á todo esto el grande y universal dolor que se esparcia por el Reyno con la muerte de su Soberano: y V. M. quiso consolar á todos de una vez, dandoles en el socorro de sus necesidades el mas fausto y lisonjero anuncio de su feliz exâltacion. Lo qual no sufriendo vuestra bondad aguardar á que se lo pidiesen, hizo en pocas horas tantas mercedes, que apenas se podrán en tan corto tiempo referir. Empeñado V. M. en seguir los impulsos de su nobilísimo corazon, no habia dudas ni dificultades que lo pudiesen detener. Por no consentir que saliese el desapiadado executor á correr y asolar los pueblos ya afligidos con las calamidades pasadas, perdonó V. M. gran parte de lo que le debian. Pareció mal á su grandeza que no aprovechase al heredero la herencia del que habia servido en qualquier tiempo á la corona, y le dió un valor que no tenia. Vió V. M. agotado el caudal pú-

blico de donde se suplian las quiebras del pan en esta capital, y abrió luego su erario para remedio de los pobres.

A vista de esto ¿que aprecio podrá ya merecer aquel renombre y fama de magníficos que adquiriéron en la antigua Roma algunos de sus Emperadores, sobornando con largos donativos la plebe para hacerse por este camino tiranos de su mal vendida libertad? Si fuera posible que renaciesen ahora en nuestros dias, se avergonzarian de ver deslucido su exemplo, corregida su ambicion, enderezada á mas recto fin su política, aventajada su liberalidad, y oscurecida de todo punto su memoria. ¿Pero de quien se dexaria vencer ya Rey, el que ántes de serlo excedia en magnificencia á los Reyes? V. M. Señor, que era digno de la corona, aunque no la heredára, mostró saberla merecer con tan generosas acciones, como si con ellas viniese ahora á captar los votos de todos.

Este fué el dulce encanto con que V. M. supo desde el principio avivar y encender mas el amor que ya le tenian sus vasallos, aunque no parecia que pudiese ser mas ardiente. Hechizado con esto el pueblo, y ansioso por gozar de la presencia de su nuevo Rey, le indagaba sus horas, y rondaba las puertas del palacio para verlo salir y llenarlo de bendiciones. Salia V. M. sin pompa ni aparato, y veia por sus mismos ojos el alborozo y la inquietud de los que lo esperaban. Los que no habian podido llegar á la escalera, tenian envidia á los que en ella estaban: estos se arrepentian de tener aquel puesto luego que V. M. pasaba por él, y quisieran ser ya de los últimos para volver á verlo: todos se movian y corrian sin saber hácia donde, siguiendo á V. M. con los ojos por do quiera que iba; y en las calles y plazas no se oia otra cosa que repetidos vivas y aplausos, y el grito del muchacho, y

la trémula voz de la pobre vieja, que llorando de gozo y reconocimiento os aclamaban con el dulce nombre de Padre. Pues por esos barrios ¿que otra cosa vió V. M. sino llenarse las calles, puertas y ventanas de gente, conmoverse las casas, y anticiparse todos á celebrar su exâltacion? ¿Que necesidad huvo aquí de pregones ni formalidades para esto? Sin ceremonias, sin pendon, sin Alferez, cada salida vuestra era una solemne aclamacion. Este aplauso popular es sin duda el mejor y mas alto elogio que puede oirse en los principios de un reynado. Porque el pueblo, que ni conoce el temor ni la esperanza, y da libre salida á los afectos del corazon, sin que la ambicion los disfrace, ni los corrompa la lisonja, es en tales ocasiones el testigo mas fiel y seguro de la bondad del Soberano.

Mas quando salió de madre, y lo inundó todo el torrente de la alegría pú-

blica, fué la primera vez que viéron á V. M. acompañado de su augusta Esposa, delicias y ornamento de España. Allí era el mirarse unos á otros, y señalar sin miedo con la mano á VV. MM.: allí el apresurarse por verlos mas de cerca, y observar sus movimientos y acciones; la afable gravedad del Rey, la gentileza, compostura y gracia de la Reyna: allí el no hartarse de ver, como se parecia esta nueva y sublime dignidad en los Príncipes que tanto amaban: allí finalmente el expresar cada uno á su modo su afecto y regocijo. ¡Que fue ver á VV. MM. tal vez detenidos y como cercados de inumerable pueblo, disimular y aun celebrar este exceso de amor con indecible afabilidad y alegría! No fue menor ni menos laudable dignacion la de admitir dentro de palacio y en la misma habitacion Real aquellos alegres coros de zagalas, que con sus danzas y cantares iban por todas partes anunciando la felici-

dad del nuevo reynado, y publicando la buena acogida que les habian hecho, y la liberalidad y largueza con que habian sido premiadas. No parece sino que el amor, que siempre se complace en igualar grandes y pequeños, se empeñó aquellos dias en alentar á los vasallos á un nuevo linage de obsequio nunca visto hasta entónces, y comunicar á los Reyes para admitirlo toda su benignidad y dulzura.

Pero por mas que un Rey sea afable y liberal con su pueblo, todavía le faltan otros realces y adornos mucho mas exquisitos, si ha de parecer bien á los ojos de todos desde tan elevado puesto y altura. Las virtudes populares, tan recomendables y necesarias en los Reyes; quando no se juntan con otras de mas subido precio y estima, no deben llamarse virtudes; ántes son parecidas á estos sepulcros de arquitectura grandiosa, que con toda la magestad y hermosura que muestran por de

fuera, no guardan dentro mas que huesos y cenizas frias: ó mas bien parecen á los varios y resplandecientes colores del fuego artificial, que luego se desvanece y pára en humo todo su lucimiento. No fué asi el que diéron á V. M. sus primeras acciones, pues en ellas solas se veian brillar á un tiempo muchas y muy relevantes virtudes. Misericordia fué el perdonar á los deudores, mas tambien fué cordura el ceñirse á deudas involuntarias é inculpables. Equidad fué el pagar créditos antiguos y ya casi olvidados, mas tambien fué justicia no enriquecer á los usureros. Generosidad fué cargarse con los empeños de sus mayores, pero fué muy sábia política asegurar con esto la confianza pública. Caridad fué digna de un Rey abaratar á su costa el pan, mas la prudencia estuvo en contentarse con el de los pobres; como la providencia en precaver otra carestía, librando de alcabalas los granos. Humanidad fué

finalmente prestarse á los obsequios del pueblo, pero fué grande fortaleza poderlo hacer en medio de tan justo dolor.

¿Que mas se pudiera decir de un Rey ya cano y envejecido en el dificultoso arte de reynar? De quien asi comienza, ¿que no podemos esperar? si es bien llamar esperanza á la certidumbre que tenemos de un gobierno sábio, prudente y acertado, quales son las muestras que de él hemos visto hasta ahora: las quales, aunque no todas se puedan recopilar aquí, bastan algunas para tenerlo por seguro. Porque ademas del amor que en todo lo dicho ha mostrado V. M. tener á los vasallos, vemos en otras cosas, que por mirarlos á ellos con piedad, se trata con rigor y severidad á sí mismo: por guardar los términos de sus Lugares, ha cerrado sus cotos: por tener que darles, ha ceñido sus gastos: por vivir con ellos, ha fixado su residencia; y por atender á su

gobierno, ha moderado sus diversiones. En todo lo qual es dignísimo de celebrarse el maravilloso concierto con que á una prudente económía, que suele ser tan rara en los Reyes, responden y hacen consonancia otras varias virtudes de no menos importancia y valor.

V. M. sabe con una mano cerrar dentro de sus caxas reales las sumas que de ellas habian de salir para resarcir al labrador de su malograda sementera; y abrir con la otra á los pueblos, donde estas sumas solian derramarse, una mina riquísima de otros mas justos y verdaderos bienes: y encerrando á los animales, ha dado libertad y seguridad á los hombres: y evitando muchos delitos, ha excusado tambien la necesidad de las penas. Coronaba el inmarcesible laurel á los valerosos Emperadores que habian triunfado de sus enemigos en la guerra: y la verde oliva tal vez ciñó la frente de

los que florecian en las tranquilas y felices artes de la paz. De sus mayores ha heredado V. M. la primera corona, y por su propia mano empieza á labrarse la segunda: la Sociedad añadirá á estas dos otra nueva corona, hecha no de piedras preciosas, sino de rubias y resplandecientes espigas, en señal del triunfo que por vuestra bondad ha logrado la Agricultura, basa y fundamento principal del estado.

O admirable y santa economía, que así sabes allegar riquezas sin codicia, como derramarlas sin profusion; que no bastando sin tí para un Príncipe todos los tesoros del mundo, tú sola bastas á enriquecerlo sin empobrecer sus vasallos; conservadora de los estados, paz y gobierno de los pueblos, discreta y justa distribuidora de los bienes, hija de la sabiduría, madre de la abundancia, maestra de la vida, virtud bendita, don de

Dios, desdeñada de los ricos, desconocida de los Grandes, olvidada ó aborrecida de los Reyes, ¿en quien sino es en Carlos iiii y en Luisa de Borbon hallarías tú en estos tiempos favorable asilo y acogida? Ni su propia grandeza, ni la costumbre de tantos años, ni el natural deseo de huir el bullicio y la importunacion de la capital pueden ya mas que tus consejos: por tí sola dexan los recreos en que algun tanto pudieran aliviar el penoso áfan del gobierno. Y lo que excede toda ponderacion y alabanza, el Rey mismo en sus honestas diversiones, deponiendo de algun modo su augusta dignidad, sienta consigo á comer en su mesa á los que se tendrian por muy honrados con servirle en ella. Bienaventurados vasallos, que tal honra y tan señalada merced reciben de su Rey; y mas bienaventurado el Rey, que con tal bondad y discrecion sabe conservar su grandeza, y afianzar la

lealtad y amor de sus vasallos. Felices estos, que sin salir de sus hogares hallan siempre pronta y benigna audiencia á sus quejas, despacho á sus súplicas, galardon á sus servicios; y mas felices los Soberanos, que así ganan y traen sobre sí la admiracion y las bendiciones de todos.

Y si tantos son y tan grandes los beneficios que traen ya consigo las primeras providencias económicas de V. M., ¿que no se prometerá la Sociedad para en adelante? Si con tal prontitud y alegría se despoja V. M. de quanto le pueda hacer estorbo en la gloriosa carrera que comienza ahora, ¿que gigante le hará en ella ventaja por mas agil y robusto que sea? Bien que no por esto cree la Sociedad que al compás de aquellas primeras resoluciones se hayan de medir las demas: antes por el contrario, de la calma que á ellas ha seguido, infiere, Señor,

quanta sea vuestra madurez, cordura y discrecion.

No hay duda sino que desde las primeras noticias del reynado de V. M. habria en todas partes de Europa muchos ociosos Cortesanos figurándose trastornos y variaciones á su antojo. De un Rey nuevo, que despues de haber esperado por tantos años la corona, empezaba con tales brios, pensarian que entraba con grandes deseos de mandar; y que luego habia de revolver toda la Monarquía, y mudar de un dia para otro su administracion y gobierno. Así podrian discurrir los que no conocian á V. M. Las providencias dadas al principio podian y debian ser prontas, porque sin alterar el órden hasta entónces establecido, remediaban las necesidades presentes. Pero hecho esto, ¿en que mejor se emplearía la actividad de un Rey zeloso y amante del bien público, que en aplicarse con el teson pro-

pio de V. M. á los cuidados del gobierno? Este es el medio mas prudente y seguro para descubrir si hay algo que mejorar en él: y de este modo ha hecho V. M. ver al mundo lo que nadie debia dudar, que no se apresuraba sino por hacer bien quando pudiese hacerlo sin novedades peligrosas. Y siendo tan temible para los vasallos de qualquier Monarquía el principio de los nuevos reynados; la circunspeccion de V. M. nunca bastantemente alabada, hace que el suyo no parezca otra cosa que una continuacion del de su augusto Padre.

¡O si este buen Rey abriese ahora los ojos, con qué gusto miraria tan respetadas por su muy caro y amado hijo sus justas providencias, y tan bien aprovechada su educacion y sábias instrucciones! Vería al que antes Príncipe le fué tan obediente y rendido, conservar ya en el Trono la misma veneracion á su memoria.

Hallaría el mismo recogimiento en su palacio, la misma moderacion en su Corte, la misma union en su Real familia, la misma puntualidad en los despachos, y el mismo órden y concierto en todo. No es este, Señor, el menor elogio que la Sociedad puede hacer de V. M., ni el menor motivo que tiene para fundar la mas cierta confianza de la felicidad de vuestro reynado.

Estas alegres esperanzas se fortifican mas todavía considerando qual sea la verdadera causa y principio de tanto bien. Porque ¿de donde puede haber venido á V. M. el traer así juntas y hermanadas tanta largueza con tanta economía, tanta actividad con tanta madurez, tanta magestad con tanta llaneza, y tantas otras virtudes que á estas siguen y acompañan en todas sus acciones? No se puede negar que á todo esto haya en gran manera contribuido la admirable escuela que V. M. tu-

vo muchos años al lado de su augusto Padre, dandonos á todos en ella una leccion contínua de reverencia filial. Mucha parte habrán sido tambien las incesantes ocupaciones del cuerpo y del espíritu en que V. M. ha pasado sin ociosidad su juventud, honrando las artes útiles con su propio exercicio, y cultivando su entendimiento con la lectura de buenos libros con una aficion y discernimiento pocas veces visto en los Príncipes. Empero todavía nace mas alto este manantial que buscamos, y es mucho mas rico y abundante de lo que se ha dicho hasta ahora.

La piedad y religion, que hizo tan exemplar la vida, y tan envidiable la muerte de vuestro augusto Padre, fué la que abrió á V. M. el camino, y lo guió como por la mano para subir al trono. Apénas sintió V. M. sus hombros oprimidos con el grave peso de la Monarquía, y vió la desigualdad que de él habia á las fuerzas hu-

manas; mandó implorar por todas partes el auxîlio del Cielo, y juntando sus propias oraciones á las de sus vasallos, se declaró feudatario y siervo de aquel supremo Rey, de quien habia recibido tan alta potestad. Vuestra augusta Esposa y fiel compañera en los cuidados del gobierno, seguida de la Real familia, rodean desde entónces todos los dias á V. M. delante del altar, y uniendo sus súplicas á las de los Sacerdotes y el pueblo, ayudan á subir las vuestras al trono del Altísimo, de donde viene todo bien. Este es el verdadero orígen de las virtudes que admiramos, las quales si fuesen dictadas solamente por la humana filosofía, aunque traxesen alguna utilidad, podrian faltar al mejor tiempo. Mas como estén asentadas sobre la piedad y religion, basa única de la verdadera virtud, no duda la Sociedad anunciar á V. M., que siguiendo, como ha empezado, las huellas de su

augusto Padre, hará feliz su Monarquía.

Muy ancho y espacioso es el campo que para esto le queda á V. M. que correr, bien que desmontada ya su maleza á costa de treinta años de contínuo afan y desvelo, que harán memorable en la historia el nombre de Carlos III. Muchas y muy dignas de atencion son las cosas que dexó empezadas aquel grande Monarca, reservando á V. M. la gloria de llevarlas al cabo. Las costumbres esperan verse mejoradas por la sancion de sábias leyes, que mas que castiguen eviten los delitos con penas contrarias á los vicios de donde nacen. Las Universidades restablecidas en su privativo derecho de la enseñanza, esperan de vuestra Real munificencia la necesaria dotacion para adoptar un plan bien ordenado, que haga mas útiles sus estudios. Las Sociedades económicas, para ilustrar como deben los objetos propios de su instituto, quisieran se pro-

pagase mas el estudio de la economía civil. El labrador clama por la promulgacion de una ley que conciliando con la utilidad pública los justos derechos del dominio privado, haga florecer la Agricultura. El artesano, no contento con verse honrado y protegido, suspira ansioso por una libertad absoluta. El comerciante por el contrario, acostumbrado á enriquecerse sin medida, se quexa de la libertad que le impide sus monopolios. Y en todo esto hay dudas y dificultades gravísimas. Los viajeros y traginantes que ven abiertos tantos caminos y canales, desean esté del todo facil y franca la comunicacion de las provincias para circular por ellas, y comerciar con los frutos y manufacturas de todas. La marina, la pesca, la navegacion mercantil, los impuestos y su recaudacion dentro y fuera de la península, esperan de V. M. la última mano y perfeccion.

Sería nunca acabar si todo se hubiese de referir aquí. Entra V. M. á mandar quando apénas hay cosa que no esté renovada ó mejorada, ó nuevamente establecida. La conservacion y adelantamiento de lo que está empezado, hará el nombre de V. M. no ménos glorioso que el de su augusto Padre; á lo qual parece convida en esta era el grande aumento de luces y buenos deseos de toda la nacion. La Sociedad, que tantos motivos tiene para esperarlo así, no duda que V. M. con su proteccion la conserve en estado de poder contribuir á esta grande obra.

El Señor, que ha dado á V. M. tan faustos y felices principios, quiera darle el complemento de ellos. El próspero y largo reynado que esperamos, sea mas feliz para V. M. con la amable y dulce compañía de su augusta Esposa, iris de paz entre V. M. y los desgraciados que tal vez merezcan su justa indignacion. Su prodi-

giosa fecundidad haga cada dia mas numerosa vuestra Real progenie, no solo para asegurar y perpetuar su dominacion en España, sino tambien para poder dar Soberanos á otras muchas naciones. El Príncipe nuestro Señor, y sus Serenísimos hermanos comuniquen algun dia á sus hijos la noble y santa educacion que ahora reciben, para que pase de unas en otras generaciones hasta la mas remota posteridad. Y como en sus mayores tienen tan ilustres exemplos, de castidad y sabiduría en los Alfonsos, de santidad y política y paz en los Fernandos, de magnanimidad, de piedad y constancia en los Cárlos, de prudencia y valor en los Felipes; tengan siempre á la vista en sus augustos Padres el mas perfecto y cabal modelo de todas las virtudes.